

FIESTA DE NTRA. SRA. DE LA SOLEDAD

12 de Septiembre de 2004

*** María, en su humildad, es siempre fuente de esperanza segura y de consuelo.** Hemos escuchado en la primera lectura una palabra del profeta Miqueas que nos habla de la manifestación de Dios en la debilidad humana. Miqueas fue un profeta, contemporáneo de Isaías y de Oseas, que profetizó sobre el reino de Judá y su futuro, tal vez ya después de la caída de Samaría (721 a.C.). Y lo hace dentro de un contexto muy difícil.

En medio de un ambiente de amenazas y temores por la depravación en la que ha caído el pueblo y el debilitamiento creciente de su fe en el Dios único y verdadero, el profeta nos dice una palabra de esperanza. En la oscuridad brillará una luz. Llegará un día en el que del linaje de David, nacerá el Mesías, el Príncipe de la Paz, el Redentor del mundo: *“De ti Belén de Éfrata, la más pequeña de entre las aldeas de Judea saldrá el jefe de Israel... En pie pastoreará con la fuerza del Señor... y habitarán tranquilos porque Él se mostrará grande hasta los confines de la tierra y esta será vuestra paz”* (Miq. 5,25)

La Virgen María, cuya fiesta celebra hoy con gozo la ciudad de Parla, bajo la advocación de Ntra. Sra. de la Soledad, va a ser la puerta por la que entre en el mundo el Príncipe de la Paz. Ella es como decimos en las letanías del santo Rosario “la Puerta del Cielo” porque en sus entrañas purísimas se van a unir el cielo y la tierra, ella es “el Arca de la Nueva Alianza” porque, por la encarnación del Verbo Divino en su seno virginal, Dios va a hacer con los hombres un pacto de amor y fidelidad que ya nadie lo podrá romper. Ella es “la Estrella de la mañana” que anuncia la aurora de la salvación, la venida del “Sol de Justicia”, Jesucristo nuestro Señor. Por eso la Iglesia celebraba solemnemente el pasado día ocho de Septiembre el nacimiento de la Virgen María, su Natividad, porque con ese nacimiento comienza ya a prepararse el tiempo de la salvación.

*** Acudimos a María llenos de confianza.** Y, en este día de alegría, ponemos nuestros ojos en esta imagen tan querida de todos de Ntra. Sra. de la Soledad, que tantos sentimientos de ternura y consuelo nos inspira y le decimos con las palabras de la Salve: *“Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos... y muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”*

*** Vivimos un contexto cultural y social difícil para la fe.** Ciertamente nuestras circunstancias históricas son completamente distintas de las que vivió el profeta Miqueas. Pero su palabra de esperanza, cumplida ya en Jesucristo y en la Iglesia, siguen teniendo una gran actualidad. La Iglesia, como la “pequeña Belén de Efrata” y como la “pequeña y humilde María”, sigue engendrando y haciendo presente en el mundo el Misterio Cristo y ofreciéndoselo a los hombres, en medio de muchas contradicciones, como Buena Noticia de salvación.

Hay toda una concepción de la vida centrada en el bienestar material, que encierra al ser humano en un individualismo egoísta, endureciendo su corazón y haciéndolo insensible ante los muchos problemas sociales que hoy vive la humanidad y ante el grave deterioro de la convivencia entre los hombres. Cuando vemos las consecuencias de ese deterioro y de ese olvido de los valores espirituales nos sentimos verdaderamente abrumados.

Nos sobrecogen la noticias de la violencia doméstica, especialmente en lo que se refiere a las mujeres y a los niños: son cada vez más numerosas las víctimas y esto parece que no tiene fin. Nos sentimos impresionados ante las cifras verdaderamente escalofriantes de muertos y heridos en nuestras carreteras, en muchos casos, por imprudencia temeraria de los conductores. Nos produce mucha pena ver a tantos ancianos o enfermos crónicos, en sus casas o en residencias, quizás bien cuidados materialmente, pero sufriendo el dolor de una gran soledad afectiva. Nos duele ver el número, cada vez mayor de matrimonios que se separan, con todas las consecuencias de sufrimiento que estas separaciones llevan consigo para ellos y para sus hijos. Nos preocupa el futuro de niños y jóvenes que parecen no tener ideales ni motivaciones para el estudio o el trabajo y se ven manipulados y zarandeados por una sociedad de consumo, sin escrúpulos, que sólo busca sacar de ellos el mayor rendimiento económico posible.

*** Todos estos hechos no son sino síntomas preocupantes de una grave enfermedad que sufre nuestra sociedad.** Y no basta con aliviar los síntomas, de una forma más o menos apresurada e improvisada. El cáncer no se puede curar con aspirinas. Hay que ir a las causas. Y una de las causas mas importantes está en la educación y en la familia. Estamos viviendo un grave deterioro de la vida familiar y un ataque ideológico y legislativo, verdaderamente irresponsable que va contra las bases mismas de la institución familiar. Y las consecuencias estamos empezando a verlas.

*** Por eso, con nuestras preocupaciones y penas, acudimos hoy fervorosamente a la Virgen María.** Y le pedimos que nos ayude, con su intercesión, a descubrir la identidad auténtica de la verdadera familia y el valor inviolable de la vida humana; y para encontrar los caminos de una educación auténticamente humanizadora que conduzca a los jóvenes al descubrimiento de los valores que dignifican a la persona humana.

Me ha parecido muy oportuna la reflexión que habéis hecho, en estos días del septenario, sobre la familia cristiana, presentándola como buena noticia para el mundo de hoy. Realmente la familia, vivida según el plan de Dios, es un verdadero regalo para la humanidad; y, aunque sean muchas las dificultades que hoy tenga que superar, nunca le faltará la gracia del Señor para superarlas.

El fundamento de toda familia es el matrimonio. Y cuando la Iglesia defiende algo tan obvio, admitido siempre en todas las culturas, como es que el matrimonio auténtico y la verdadera familia están constituidos por un hombre y una mujer que se aman y que están abiertos, porque así lo establece la naturaleza misma, a la complementariedad mutua y al don de la vida; y cuando defiende que esta institución natural es el ámbito propio para la educación de los hijos y la base de la estabilidad de la sociedad misma y de su propio futuro, y lo defiende con tanta insistencia, y contra viento y marea y siendo objeto, en muchos casos, de ataques, burlas y calumnias por parte de poderosos grupos mediáticos, lo único que hace es defender la dignidad del hombre y el bien de la sociedad. Cualquiera que con objetividad y sin prejuicio recorra las parroquias de Parla (y de cualquier otro lugar) puede comprobar cómo se educa a los niños y a los jóvenes en el respeto mutuo, en el amor a la vida y en el amor a la paz, cómo se apoya a los matrimonios y a las familias ayudándoles en sus dificultades y en la educación de sus hijos, con qué cariño se trata a los ancianos y cómo se acoge y atiende a todo tipo de personas, de cualquier raza o religión en los servicios de “cáritas” ofreciéndoles, muchas veces con gran precariedad de medios, su ayuda solidaria.

La Iglesia no es, como diariamente están diciendo ciertos medios de comunicación, un reducto de integrismo, ni es enemiga del avance de la ciencia y del verdadero progreso del hombre. La Iglesia no está en contra de nadie, ni pretende excluir de su preocupación y cuidado a personas que sufren un trato vejatorio por su orientación sexual, ni se opone a que se de forma

jurídica a todo tipo de uniones. La Iglesia lo único que hace es defender y afirmar el valor de la vida humana, desde sus fases iniciales hasta su fin natural y el valor del verdadero matrimonio, entre un hombre y una mujer; y de la verdadera familia.

Estamos asistiendo estos días a una clara manipulación ideológica con motivo de la trágica historia, llevada al cine, del tetraplégico Ramón San Pedro. Utilizando la fuerte reacción emotiva que puede producir en las personas una historia tan dramática, se está presentando el suicidio como la solución más humana, más compasiva, y más libre para hacer frente a las situaciones adversas.

Vengo ahora de celebrar la Eucaristía en un Centro de minusválidos físicos, en Leganés. Allí hay varios tetraplégicos. No voy a negar su sufrimiento. Yo también sufro cuando estoy con ellos. Pero os puedo decir que la causa más profunda de su sufrimiento no es su enfermedad, sino la soledad, la falta de afecto por parte de sus familias y sobre todo la sensación, equivocada, de que sus vidas son inútiles y no sirven para nada. Y no os podéis hacer idea del daño tremendo que esta historia de Ramón San Pedro y esta película les está haciendo. Porque se les está diciendo que Ramón San Pedro fue valiente y libre para suicidarse; y ellos no son ni valientes ni libres para hacer lo mismo. Yo trato todos los domingos de transmitirles justo el mensaje contrario: que la libertad y la valentía están en vivir y en amar la vida. Y me esfuerzo, en las homilias y en mi conversación con ellos, en decirles que se fijen no en lo que les falta sino en lo que tienen. Y, aunque no puedan andar, sí tienen unos ojos para ver y contemplar todas las cosas bellas que Dios ha creado en el mundo. Y, aunque no puedan mover sus brazos, sí tiene la posibilidad de oír a los demás y hablar con ellos y decirles palabras de ánimo y gozar de la conversación y de la amistad. Y especialmente tienen, y quizás más puro que los demás, lo más grande que el ser humano puede tener: tienen un corazón capaz de amar. Y, en última instancia, lo que hace feliz al hombre es el amor. Yo he recibido en esa residencia de minusválidos mucho amor. Y me gustaría estar con ellos mucho más tiempo, para decirles, como ya lo hago todos los domingos, que, aunque los amores humanos nos defrauden, hay una amor que nunca falla: el amor de Dios revelado en Cristo, el amor de Cristo en la cruz muriendo por nosotros y perdonándonos. Y les digo que cuando se sientan solos y tristes vayan a la capilla y se pongan muy cerca del sagrario: que allí el Señor les consolará en sus penas y le ayudará a descubrir el valor inmenso de sus vidas.

Frente al pensamiento único, que pretende dominar nuestras conciencias, defendamos nuestra capacidad crítica y nuestra libertad. Defendamos el valor inviolable de la vida humana y el valor de la auténtica familia. No hay diferentes “modelos de familia”, como pretenden decirnos. Sólo existe un modelo de familia. No sembremos la confusión en los niños y en los jóvenes. Respetemos lo que la naturaleza misma, fruto de la sabiduría divina, ha dispuesto. Y apoyemos y ayudemos a la familia. Ayudemos a los padres en la educación de sus hijos. Pidamos a las instituciones del Estado, cuya misión es estar al servicio de lo que la sociedad demanda, que ayuden a los padres en esta responsabilidad y que respeten el sagrado derecho de los padres de educar a sus hijos según sus convicciones religiosas y morales, facilitando legalmente, también en la escuela pública, el ejercicio de este derecho.

Que la familia sea el ámbito, fundamental y básico, para educar en la paz, en el amor a la vida, en el respeto a los mayores, en el diálogo fecundo y constructivo entre viejos y jóvenes, varones y mujeres, en el sacrificio, en el trabajo, en la alegría sana y gratificante y en el firme deseo de contribuir con su esfuerzo al logro de una sociedad pacífica en la que reine no sólo el bienestar material, sino el bienestar total de la persona, ese bienestar que tiene su fundamento en la naturaleza misma del ser humano y en la auténtica libertad.

Le pedimos a Nuestra Sra. de la Soledad, la Madre que Cristo Jesús nos entregó en la cruz, que proteja a nuestras familias y a todas las familias del mundo, y que nos conduzca a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida para que en Él encontremos la luz y la sabiduría necesarias para asumir cada uno nuestras responsabilidades y contribuir, de esta manera al bien de la sociedad. Amen.